

Salvador Rueda Smithers

Domingo Francisco de San
Antón Muñón Chimalpahin
Cauhtlehuanitzin

*Las ocho relaciones y el memorial
de Colhuacan*

Paleografía y traducción de Rafael Tena,
2 vols., México, CNCA (Cien de México), 1998

“Toda antigüedad es oscura”, sentenció Tácito en algún pasaje de sus *Anales* para explicar la fragilidad de la memoria. Esta frase bien puede aplicarse al complejo universo prehispánico que intentaba develar otro escritor de viejos anales, el noble indígena Domingo Chimalpahin, preocupado por comprender el pasado de su propio mundo. Ambos historiadores, el romano y el chalca, hurgaron en los rincones de los recuerdos documentados y de la tradición. Ambos, asimismo, con eficacia aunque con suerte diversa. A la larga, sin embargo, sus manuscritos fueron herencia para las generaciones posteriores, armas contra el olvido que anula la historia.

El nombre de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cauhtlehuanitzin no es extraño a los oídos de los estudiosos de la realidad indígena prehispánica y colonial. Menos conocida es, sin duda, su obra. Ensayar el perfil de su vocación y apuntar algunas características de sus afanes intelectuales es la intención de estas notas, posibles hoy por tener a la mano en castellano, casi completa, la obra escrita del memorioso chalca.

La personalidad y el entorno vital de Domingo Chimalpahin, así como las circunstancias historiográficas que explican sus textos, es labor que ya hicieron con pulcritud José Rubén Romero y Víctor Castillo Farreras. Inútil

sería repetirla. Aquí sólo pretendo situarlo en el ambiente que procura esta edición preparada por Rafael Tena.

Nada menos extraño en un historiador que la precisión. De manera natural, trata de saber su lugar en el cosmos. Calcula, describe, localiza: se sitúa. En este sentido, las primeras coordenadas vitales de sí las proporciona el mismo Chimalpahin, con acuciosidad que podría parecer bizarra pero que no era ajena a la idea de exactitud de su época. En un pasaje de la *Séptima relación*, que recuerda las notas autobiográficas de Johannes Kepler, el chalca escribió:

9 Ácatl, 1579. En este año, el martes 26 de mayo a la medianoche, nació Domingo Francisco de San Antón Chimalpáhin Cauhtlehuanitzin, hijo de Juan Agustín Ixpintzin y de María Jerónima Xiuhtoztzin, principales de los antiguos chichimecas de Tzacualtitlan Tenanco Amequemecan Chalco; bajo el signo de Géminis o del Amor, que al amanecer del miércoles 27 de mayo entraba a su sexto día, entonces nació el dicho Domingo de San Antón. En la víspera de la fiesta de la Ascensión de Jesucristo nuestro señor, cuando subió al cielo, nació el dicho Domingo Francisco de San Antón Chimalpáhin Cauhtlehuanitzin; éste era nieto en noveno grado del grande y valeroso chichimeca Cuahuitatzin Tlailotlacateuc-

tli, que era el caudillo y tlatohuani de los tenancas cuixcocas temimilolcas ihuipanecas zacancas cuando éstos llegaron acá por primera vez, el cual asentó y fundó la ciudad de Tzacualtitlan Tenanco Amaquemecan hace 311 años y asimismo la ciudad de Texocpalco Tepopolla, y después de fundarlas dispuso que [ambas] tomaran el nombre de Tenanco.

Podemos imaginar a Domingo Chimalpahin, hombre orgulloso de su estirpe, haciendo uso de los símbolos de su distinción. Como su abuelo, el noble Domingo Hernández Ayopochtzin durante el primer tramo de la vida colonial, debió vestir a la usanza española, evidencia de la legitimidad dinástica y de los privilegios otorgados por la Corona a la nobleza indígena. No muy distinto a las figuras que nos muestra el Códice Techialoyan García Granados, de personajes indios elegantemente ataviados a la moda europea. Al respecto, José Rubén Romero señala que esos derechos de sangre se hacían obvios:

tener derecho a vestirse como españoles, montar a caballo y portar armas, hasta ser dueños de tierras y ganados, así como poder convertirse en funcionarios públicos en los pueblos y ciudades que en otros tiempos sus ancestros habían gobernado, tratando de superar de esta forma los des-

ajustes ocasionados por la conquista en la sociedad indígena.¹

Por su relato en la *Octava relación*, es posible saber que Chimalpahin llegó muy joven a México y, según supone Ángel María Garibay, pudo estudiar en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

A despecho de cualquier privilegio, Chimalpahin, al igual que su abuelo Hernández Ayopochtzin, debió vivir tiempos difíciles: no otra parece ser la urgencia de ordenar los papeles que heredó de sus antepasados. Como los otros cronistas indígenas, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Fernando Tezozomoc, el chalca buscó mantener vivo el recuerdo en las memorias ajenas —de vasallos, pares y españoles—, de los hechos históricos que fundamentaban su poder. Se dice además que nuestro noble historiador ejerció la longevidad y murió octogenario. No dejó descendencia, pues su dedicación a la iglesia de San Antonio Abad de México le exigió celibato. Sin herederos cuidadosos e interesados en mantener memoria de su origen, el destino de sus manuscritos se volvió incierto: desordenados, con lagunas e interpolaciones —según descubrió Castillo Farreras—, y con posibles inserciones —como propone Tena—, los textos llegaron a nuestros días en fragmentos; esta edición de Cien de México, preparada por Rafael Tena rompe, en parte, el infortunio de su necesaria lectura conjunta en castellano.

El abuelo Hernández Ayopochtzin y la larga estancia en San Antonio Abad están en la raíz de las investigaciones documentales de Chimalpahin. Del primero, llegaron a sus manos los papeles y libros indígenas; de la segun-

da, como cree José Rubén Romero, la posibilidad de consultar y leer los libros de los fondos bibliográficos conventuales.

Hasta antes de esta completa edición bilingüe, poco sabíamos los legos del manejo de las fuentes que formaron la mentalidad histórica del chalca. Apenas, conocíamos algunas referencias, importantes pero incompletas. Ya podemos adivinar ahora que Chimalpahin, como hombre de letras, se afilia más a una tradición renacentista que a la ya muy próxima a él del barroco. Pocas alegorías, alejado de los rebuscamientos literarios que oscurecían por simple ejercicio significados que debían ser claros, economía del lenguaje explicativo y mención de sus lecturas caracterizan su estilo. Un especial respeto a las autoridades clásicas grecolatinas y a los teólogos y escritores cristianos, se asoma en cuando menos dos de sus Relaciones. No deja de sorprender el amplio espectro de autores y libros citados, con traducciones del latín y del castellano al náhuatl. Para armar su narración sobre el tiempo y las formas del mundo, además del muy señalado *Reportorio de los tiempos* de Enrico Martínez, en las primeras relaciones desfilan citas de las *Constitutione mundi* y *Epístolas* de Platón; las *Sentencias* de Sófocles; Sila, Diógenes Laercio, Lactancio Firmiano y sus *Divinas instituciones*; San Agustín, *La ciudad de Dios* y sus *Confesiones*; Celio Rodigino, *Lecciones*, y los *Ejemplos* de Bautista Ignacio y Antonio Sabélico, o el popularísimo relato del legendario Preste Juan —lectura que dio qué decir al Tribunal de la Inquisición en el norte de Italia durante la segunda mitad del siglo XVI—. Menciona como autores también a Ruperto Abad, a San Juan Damasceno, San Dionisio y al *Martirologio Romano*. Por supuesto, también acudió a la Biblia y

tal vez a algún catecismo. Asimismo, para algún pasaje de su *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Colhuacan*, se acercó a los textos de fray Bernardino de Sahagún.

De igual forma, el noble chalca elaboró los cálculos necesarios que convertían las fechas del calendario prehispánico con el ya dominante de los cristianos. Por ejemplo, indica que Jesucristo nació en el que correspondió al año 4 Casa y que murió en el año 10 Casa. En este orden, la primera referencia histórica indígena, en la *Segunda relación*, comenzaría en el año 50 d.C., 1 Conejo, cuando los antiguos chichimecas llegaron remando en canoas a Teocolhuacan Aztlan; al asentarse en la isla, hablaban aun una sola lengua,

pero no se sabe bien de qué hogar y tierra partieron, y tampoco por qué abandonaron su tierra y su provincia, si vinieron por causa de guerras, o si tal vez sólo por disposición de Dios nuestro señor vinieron, cuando se lanzaron al mar en canoas, y mientras navegaron sobre las aguas divinas, hasta llegar adonde [finalmente] llegaron.

En este mismo tenor, por ejemplo, en la *Séptima relación* relata el cambio de lenguaje de los tlalmanalcas, quienes deciden hablar náhuatl; su explicación de esta singularidad remite al arquetipo bíblico de la Torre de Babel.

Las referencias a sus lecturas clásicas y cristianas, así como la explicación de la historia sagrada y las correlaciones cronológicas, señalan una de las intenciones historiográficas de Chimalpahin: la de enlazar el pasado propio de estas tierras antes de ser llamadas Nueva España con el devenir del resto del mundo. Su objetivo, como ya señaló Romero Galván, era escribir

¹ Romero en Chimalpahin, *Octava relación*, p. 11.

una historia universal bajo la perspectiva redentorista del cristianismo. Al respecto, Rafael Tena apuntó que “las relaciones nos ofrecen un compendio de la historia prehispánica de los pueblos asentados en el altiplano central de México, con la intención de insertar esa historia en la trama de la historia universal y del plan salvífico de Dios”. En este sentido, Chimalpahin se inscribe en el amplio espectro de la cultura de los polígrafos del Renacimiento, lectores de los textos clásicos y de los humanistas, más inclinados a las reelaboraciones, síntesis y comentarios libres que a la fidelidad de las traducciones.

Pero el sesgo cultural, propio de los historiadores de origen indígena, da otro perfil a la idea de historia de Chimalpahin. No sólo el afán de hacer del pasado prehispánico parte del retrato general del cosmos, de inscribir al centro de México y a Chalco-Amaquemecan como abreviaturas del mundo, ni la simplemente utilitaria descripción de la génesis de los derechos nobles sobre pueblos y tierras, sino también cierto orgullo en la conmemoración del pasado regional y gusto en la descripción de los pormenores que antecedieron a las fundaciones de las ciudades, a la investigación de los detalles de las antiguas creencias y aun a la descripción de costumbres y maneras de comportarse. Ese orgullo y ese gusto dan especial color a los textos que nos legó. Y nada más ajeno a la reconstrucción de los rostros del mundo indio que la simple lectura y transcripción de citas de los autores clásicos europeos. El dibujo de su verdadera vocación estaba en la vecindad con los documentos pintados, con las huehuetlatolli, con el amoxtli-libro que atestiguaba otras realidades.

No sin razón, los estudiosos modernos destacan su labor sobre documen-

tos pictográficos y sus tempranas transcripciones, varios guardados por sus familiares durante tres o cuatro generaciones; de igual manera indican que Chimalpahin también recurrió a otros libros pintados y recuperó “huehuetlatolli”, no sin enterarse primero de su procedencia, fundamento de veracidad. Llegar a la verdad fue una preocupación que resolvió de maneras dispares. Por ejemplo, en la *Octava relación*, el noble chalca explicó, según traducción de Tena:

Este huehuetlatolli, que ha sido sacado y copiado del libro que tiene don Vicente de la Anunciación, será aquí dicho y expuesto. En relación a él yo, don Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuantzin [en una ocasión] le pregunté: “¿De dónde sacaste este huehuetlatolli sobre los tzacualtitlátenancas que aquí has escrito de tu puño y letra?; porque yo he reconocido que [esto lo] has escrito de tu mano”. A lo cual me respondió: “Nieto mío, debes saber que estos papeles pintados con las antiguas genealogías señoriales que aquí ves me los dejó mi padre y tu bisabuelo don Miguel de Santiago Teucxantzin. Y concuerdan estas [pinturas] con un libro en que se enlistan las dichas genealogías señoriales, el cual yo saqué para copiarlo de casa de mi suegro don Rodrigo de Rosas Xocatzin, principal de Itztacoauhcan. [En efecto], en la parte alta de su casa tenía un libro grande, en el cual estaba escrita toda la historia de los cinco tlayácatl de la ciudad; pero yo no saqué ni copié [lo relativo] a Ixtlacoauhcan, a Tecuanipan, a Panohuayan y a Tlailotlacan Teohuacan, sino que sólo saqué y copié la historia de un tlayácatl de la ciudad [a saber]: la de Tzacualtitlan Tenanco. Y después de haber copiado ese huehuetlatolli, volví a dejar [el libro] en la parte alta de la casa; pero ya no está allí, se perdió este libro grande y vie-

jo, ya no aparece, o quizá simplemente allá se pudo [...] Y este libro grande y viejo que he mencionado estaba escrito de puño y letra de mi dicho suegro don Rodrigo de Rojas Xocatzin, el cual fungió como escribano de Andrés de Santiago Xochitototzin, natural de Xochimilco, que vino como juez a la ciudad de Amaquemecan en el año de 1547”.

Otras veces, la verdad histórica tenía para Chimalpahin como base su misma genealogía discursiva, el linaje de la palabra. Así, en algún caso la mera antigüedad respaldaría el origen de sus asertos; por ejemplo, esta afirmación del *Memorial breve de la fundación de la ciudad de Colhuacan*: “Y que no se trata de fábulas ni de cuentos inventados sino de la pura verdad, se puede colegir porque desde tiempos inmemoriales así lo aseveraron todos los antiguos mexicas y sus tlatoque y tlazopiltin”. Otras veces —al igual que el incrédulo Tácito al referir la inmemorial noticia sobre el ave Fénix— manifiesta sus dudas sin que por ello escabullera la responsabilidad de apuntar lo que sus fuentes decían; por ejemplo, en el mismo *Memorial* escribió: “quizá haya sido así, pero nosotros no podemos sostener ni que así fue ni que no fue así, simplemente nos limitamos a consignar el dato que nos dejaron algunos antiguos mexicas”.

Más allá del juicio de veracidad acerca de los sucesos pasados, otro problema debió enfrentar Chimalpahin: el acceso a las fuentes indígenas originales —esto es, antiguas— no fue obstáculo menor a principios del siglo XVII. Ello nos lo hace adivinar otro historiador de estirpe india, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, quien declaró con puntualidad por esos mismos años:

he conseguido mi deseo con mucho trabajo, peregrinación y suma diligen-

NOTAS

cia en juntar las pinturas de las historias y anales, y los cantos para poderlas entender, juntando y convocando a muchos principales de esta Nueva España, los que tenían fama de conocer y saber las historias referidas. Y de todos ellos, en dos solos hallé entera relación y conocimiento de las pinturas y caracteres, y que daban verdadero sentido a los cantos, que por ir compuestos en sentido alegórico y adornados de metáforas y similitudes son difícilísimos de entender. Con cuya ayuda pude después con facilidad conocer todas las pinturas e historias y traducir los cantos con su verdadero sentido con que he satisfecho mi deseo, siguiendo siempre la verdad ("Dedicatoria", en *Obras históricas*).

El paisaje historiográfico que pinta Chimalpahin hace imaginar que ante sus ojos tuvo fuentes ya desaparecidas, pero indudablemente receptáculos de viejas creencias y narraciones. De ahí provienen los relatos de costumbres políticas, de genealogías, de pugnas territoriales, de guerras, de ideas religiosas y morales, de justificaciones políticas, de definición de identidades étnicas separadas, de anécdotas, hechos trascendentes y conmemoraciones de acontecimientos naturales y celestes. Así, por ejemplo, entre sus cálculos —necesarios para continuar con el formato de anales— y apoyado en algún *amoxtli* hoy perdido —"que dejaron pintado algu-

nos antiguos"—, refiere a 4 Conejo, 1002 d.C., como el año en el que apareció en Tollan Topiltzin Acxítl Quetzalcóhuatl, y el de 5 Casa, 1029 cuando este personaje comenzó a gobernar. Siete años después, un 12 Pedernal, fue cuando "comenzaron los agujeros" del final de la ciudad, destino que se cumplió en 3 Pedernal, 1040. Mitógrafo imparcial —a despecho de su calificativo de Diablos a los dioses antiguos—, consigna un par de veces el último episodio de la vida de Quetzalcóatl y de su trascendente efecto en la memoria mexicana, medio milenio después.

Acuciosidad mitográfica similar utiliza el chalca cuando relata que el dios originario de los que después se llamarían mexicas les ordenó, por voz de su sacerdote Huitziltzin, que debían abandonar la arquetípica Aztlán Chicomoztoc en 1 Pedernal, 1064, en los tiempos de un legendario Moctezuma que gobernaba a los aztecas primigenios. Huitziltzin se desdoblaría en el dios Huitzilopochtli —razonó Chimalpahin, con un mecanismo que hace pensar en la deificación de los hombres al igual que lo hicieron sus posibles autoridades Cicerón y Tácito para el viejo mundo clásico—. No deja de ser curioso, por cierto, el coincidente paralelismo y vecindad cronológica del abandono de Tula y de Aztlán Chicomoztoc, el inicio de la dispersión y del estado permanente de peregrinaje de toltecas y aztecas antes de fundar nuevas ciuda-

des. Dos hechos distintos que el chalca no relaciona ni une, pero que incluye en el mismo relato anual, siguiendo el orden del tiempo. Prudencia tópica de la mentalidad de historiador.

No es posible saber exactamente cuándo el historiador chalca dejó de escribir, quizá poco después de 1631 —según calcula Víctor Castillo Farre—, hacia finales de la década de 1660, octogenario, debió morir. Pero tal vez el peor día para Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin no fuera el de su muerte, sino 40 años más tarde, el 22 de agosto de 1700, fecha del fallecimiento de don Carlos de Sigüenza y Góngora, guardián de sus manuscritos durante la segunda mitad del siglo XVII. Fue entonces, al iniciar el llamado Siglo de las Luces, cuando la incuria por los antiguos documentos históricos —los de Chimalpahin y muchos otros que el sabio criollo atesoró— comenzó su dolorosa labor destructora. El deseo del chalca de heredar la memoria histórica a las generaciones que le siguieron se frustró por mucho tiempo. Apenas algunos estudiosos han podido ver y transmitirnos el contenido de aquellos escritos. Hoy se paga parte de la deuda: de alguna manera, la publicación en Cien de México de las *Ocho relaciones y el Memorial de Culhuacan*, con paleografía y traducción de Rafael Tena, es uno de los rostros de la justicia.